

Un paje fué la primera  
Figura que en ella hizo,  
Del rey Don Juan el Segundo  
Con grande amor recibido.  
Otro con llave dorada  
De su cámara y servicio,  
De conde de Santisteban  
Y de duque de Trujillo,  
Maestre con la gran cruz  
Del patron nuestro caudillo,  
Condestable de Castilla,  
No grande una vez, mas cinco:  
De Villena gran marques,  
A quien dió el Rey cuanto quiso,  
Con mayor mano y privanza  
Que jamas hombres han visto.  
Recitola en confianza  
De su suerte y de si mismo,  
Una hinchada figura  
Que echa al mas sabio al abismo.  
Y queriendo con el puño  
Herir el pecho contrito,  
Al levantar el capuz  
La roja cruz en él vido.  
Renovóle sus dolores  
Dando á sus ansias principio:  
Las rodillas dió al tablado,  
Y en ella los ojos, dijo:  
— ¡Oh cruz, mil veces triunfante  
Del fuerte orgulloso libro!  
¡Mal aposentada fuiste  
En este mi pecho indigno,  
Pues debiendo derramar  
Esta sangre en tu servicio,  
He venido á que un verdugo  
La vierta con un cuchillo!  
Por la que en ti derramó  
El Nazareno vendido,  
Que en su presencia te acuerdes  
De este miserable inicuo,  
No por lo que yo merezco,  
Mas por haberte traído,  
Que al fin has sido mi cruz,  
Aunque cruz suave has sido.  
De ti muero acompañado,  
Que es para mí grande alivio,  
Y llevo gran esperanza  
De ser de tí socorrido.  
Yo muero muy consolado,  
Que esta muerte me convino;  
Que Dios da lo que conviene,  
Si no da lo que pedimos.  
El poco bien que he hecho lloro,  
Del mal voy arrepentido;  
Que el que tiene á mano y puede,  
No ha de ser al bien esquivo.—  
No pudo sufrir el llanto  
Todo el pueblo condolido:  
Dan mil suspiros los hombres  
Y las mujeres mil gritos.  
Con esto volvió al verdugo,  
Diciéndole:—Haz tu oficio,  
Que imperio tienes en mí  
Pues el cielo así lo quiso.—  
Tras esto le dió á besar  
Un buen fraile un crucifijo,  
Y por la tierna garganta  
Le pasó el verdugo el filo.  
Fué la postrera figura  
Que en esta tragedia hizo,  
Dejando memoria al mundo  
De privanza y de castigo.

(Silva de varios romances.— It. Romances de Don Alvaro de Luna, 2.<sup>a</sup> parte, Pliego suelto.)

## 1015.

SOBRE EL CUERPO DE DON ÁLVARO DE LUNA UN PAJECITO  
SUYO LLORA SU MUERTE.

(Anónimo.)

Eclipsada ya del todo  
Aquella menguante Luna,  
Con las sombras de la muerte  
En la faz sangrienta y mustia,  
Junto al desangrado cuerpo  
Cercado de espesa turba,  
Un pequeño pajecito  
Llora y lamenta su cuita:  
— ¿Dónde estás, dice, señor,  
Que mis razones no escuchas?  
¡Oh cielo sordo á mis quejas!  
¿Cómo de escucharlas gustas?  
¡Vive lo que vive en tí,  
Que me es la vida tan dura  
Que entenderé que me agravias  
Si de acabarme te excusas!  
Da vida á quien la agradezca,  
No á quien entiende le injurias,  
Qu'en diferentes sugetos  
No son las mercedes unas.  
¡Don Alvaro, mi señor,  
A quien hoy la tierra dura  
Con estrecho abrazo aguarda  
Ufana de tal ventura!  
Llévame, por Dios, contigo:  
¿Por qué llevarme rehusas?  
Tu pecho ocupé viviendo,  
Mi ánima muriendo ocupas.  
Contigo voy aun si mueres,  
Tenlo, señor, por sin duda,  
Que si licito me fuera  
Me entrara en tu sepultura.  
Viviendo hiciste por muchos,  
¿No hay quien en tu muerte acuda  
Ni aun á darte una mortaja  
Si este triste no la busca?  
De limosna al fin te entierran,  
No hay quien de los hados huya;  
Nadie se espante de nada  
Mientras este siglo ocupa.  
Esta cruz que está en mi pecho  
Lo será sin duda alguna  
De mi afligida memoria,  
Que al fin es dádiva tuya.  
Viviré en perpetuo llanto,  
Pues la suerte avara y cruda  
Me guardó tan triste día,  
Y á tí tan corta ventura.  
Tú mueres; ¡sabe Dios cómo!  
Hombres son los que te juzgan.  
¡Mucho pueden envidiosos,  
Y mas cuando los escuchan!  
Diganle al Rey que Morales  
Dice mil desenvolturas;  
Que le envíe con su amo,  
Que será sentencia justa.—  
Esto el bello jóven tierno  
Con larga pena y profunda  
Decía, bañado el rostro  
Y la amada faz difunta.  
A todo el pueblo conmueve;  
Todos á llorar le ayudan,  
Su entrañable amor alaban  
Y perseverancia mucha;  
Y aun con gran dificultad  
Y persuasion importuna  
Le dividieron del cuerpo  
Para darle sepultura.

(Silva de varios romances.— It. Romances de Don Alvaro de Luna, 2.<sup>a</sup> parte, Pliego suelto.)

## 1016.

REFIÉRESE AL REY LA MUERTE Y ENTIERRO DE DON ÁLVARO.

(Anónimo.)

Atento escuchaba el Rey,  
Al noble Don Juan Pacheco,  
De Don Alvaro de Luna  
El lastimoso suceso.  
— Hoy á las once del día  
En un teatro supremo  
Se vió la mayor tragedia  
Que ha representado el tiempo:  
Hoy dividió tu justicia  
La cabeza de aquel cuello  
Que cual Alcides tenia  
Tu reino y potencia en peso:  
El nublado de la muerte  
Cubrió aquellos rayos bellos,  
De cuya vislumbre el mundo  
Sacará eternos reflejos:  
Será ejemplo de privanzas,  
Y de descuidos ejemplo,  
Pues fué de tu cielo Luna  
El abismo de tu centro.  
De Valladolid el llanto  
Se oye en el onceno cielo,  
Y de negro luto viste  
Las paredes de sus templos.  
Los pobres sacan sus hijos  
A que tomen escarmiento,  
No en Don Alvaro, que muere,  
Sino en el mudable tiempo:  
Las mujeres sacan hoy  
Sus hijuclos, y á los pechos,  
En lugar de blanca leche,  
Les dan llanto por sustento.  
Una mortal confusion  
Se oia entre noble y plebeyo,  
Y cerraban las orejas  
A pregon tan estupendo.  
La tierra de la ambicion  
Pasó el segundo elemento,  
Poniéndose entre planetas,  
Y vino la Luna al suelo.  
El sol llora la su luna,  
Las estrellas su lucero,  
Castilla su Condestable,  
España su claro espejo.  
En San Benito enterraron  
Sin su cabeza aquel cuerpo;  
Que por ser tan gran cabeza  
No cupo en lugar estrecho.  
Allí quedó el gran Maestre  
En depósito y empeño,  
Hasta que tome sepulcro  
En la imperial de Toledo;  
Que ciudad tan leal es justo  
Dé tierra á tan leales huesos,  
Y quien fué la luz de España  
Tenga su cabeza entierro.—  
Esto contaba Don Juan  
Al Segundo, y al primero  
Que dió muerte á tal vasallo,  
Y á tanta lealtad, tal premio.

(Romances de Don Alvaro de Luna, 4.<sup>a</sup> parte, Pliego suelto.)

## 1017.

FUNERALES DE DON ÁLVARO DE LUNA, Y LLANTO DE SU ESPOSA POR SU MUERTE DESDICHADA.

(Anónimo.)

Iba declinando el día  
Su curso y ligeras horas,  
Y el padre que alumbra el mundo  
Para occidente se torna.  
A los reflejos divinos

De aquella luz milagrosa,  
Pálidos, descoloridos,  
Cubiertos de negras sombras,  
Amenazaba la noche  
Mustia, temerosa y sorda,  
No de luceros vestida  
De que se pule y se adorna.  
La luna en el primer cielo  
Con las nubes se arrebaza,  
Y en los escondidos valles  
Aljófár y perlas llora.  
De las aldeas vecinas  
Dejan desiertas y solas,  
Unos las casas baldías,  
Otros las pajizas chozas.  
Sonaba en Valladolid  
El eco de voces roncas,  
Y responden los quejidos  
De las apartadas rocas.  
Hace señal San Benito,  
Y su rico templo adornan  
Con los funestos tapices  
De bayeta lastimosa.  
Murmuraban por las calles  
De unas orejas en otras  
La no pensada caída  
De aquella Luna hermosa.  
Juntáronse los ilustres,  
Y las iglesias entonan  
El entierro de aquel cuerpo  
Que del cuello sangre brota.  
En los hombros le reciben  
Cuatro con sus cruces rojas,  
Que le sirvieron en vida  
Y en la muerte le dan honra.  
Pusieron el cuerpo triste  
Debajo una dura losa,  
Y con el peso insoportable  
Dió temblor la tierra toda.  
Y al rededor de la tumba  
Arden lumbres, todos lloran  
De la miseria infelice  
La tragedia dolorosa.  
Sollozan sus tiernos hijos,  
Lamenta su triste esposa,  
Y de su sangre vertida  
Pide al cielo la deshonra.  
— Querido señor, le dice,  
Que eterno descanso gozas  
En la celestial altura,  
No cual esta humana gloria:  
Subióte el Rey á la cumbre  
Mas alta de su corona,  
Y hoy la mudable fortuna  
De su rueda te trastorna.  
Desnudo á la tierra fria  
La debida pensión tornas,  
Porque la humana malicia  
Con tus bienes se componga.  
La vislumbre de sus rayos,  
Como á torpe mariposa,  
Te dió por manjar la invidia,  
Emprendióte su ponzoña.  
Diste al mundo lo que es suyo,  
Y fuéron tantas las costas  
Que causaron tus desdichas,  
Que hoy te entierran de limosna.—  
Esto escucha el rey Don Juan,  
Y á Pacheco de Mendoza,  
Enternecido, repite  
Con voz grave y dolorosa:  
— Luna bella del cielo,  
La muerte de tu luz lamenta el suelo,  
De la áspera caída  
Con el mortal eclipse de la vida.—

(Silva de varios romances.— It. Romances de Don Alvaro de Luna, 3.<sup>a</sup> parte, Pliego suelto.)



1018.

ENTIERRO DE DON ÁLVARO.

(Anónimo.)

Dividida de los hombros  
 Aquella cabeza hidalga,  
 Donde la muerte interpuso  
 Contra la vida su espada;  
 Oscuros sus rayos bellos  
 De aquella Luna muy clara,  
 Que el que su creciente vido  
 Jamas creyó que menguara;  
 Derribada por el suelo  
 La torre de la privanza,  
 Que cargó los fundamentos  
 Sobre humanas esperanzas;  
 El gran Condestable puesto  
 En una pequeña caja,  
 A vista de varios ojos  
 Como joya de importancia,  
 En la mano del verdugo,  
 Por sus cabellos colgada,  
 Para que sirva de ejemplo  
 En medio de la gran plaza  
 El que á todos dió favores  
 Puesto en tierra, tierra aguarda  
 A verle viene la gente:  
 Admiranse, piensan, callan;  
 Que el verle d'esta manera  
 Es lengua que en todos habla.  
 Algunos le dan limosna  
 Para hacer bien por su alma:  
 El vulgo estaba espantado,  
 Viendo una cosa que espanta;  
 Pues lo que le sobró en vida  
 Agora en muerte le falta.  
 No hay vasallo, ni escudero,  
 Ni gentil-hombre, ni guarda,  
 Que solamente desdichas  
 Le rodean y acompañan,  
 Porque es peste la miseria,  
 Que aun á los padres espanta;  
 Son los amigos cual sombra  
 Que el próspero sol aguarda,  
 Y deshace y aniquila  
 La noche de la desgracia.  
 En hombros de palanquines  
 Las andas y el cuerpo cargan,  
 Que por ser cuerpo de pobre  
 Es carga horrible y pesada.  
 A San Benito lo llevan  
 Donde la tierra le aguarda,  
 Que como madre de todos  
 Tiene para todos gracia.  
 Dichos todos los oficios  
 Con humilde voz y baja,  
 Que las exequias del pobre  
 Muy pocas veces se cantan;  
 Plantante al fin en la tierra,  
 Que fué del hombre plantada,  
 A do tienen de dar fruto  
 Sus obras buenas ó malas.  
 Sobre el humilde sepulcro  
 Le ponen piedra pesada,  
 Que como hombre aborrecido  
 Tienen miedo que se salga  
 Con letras grandes y negras  
 El duro mármol entallan,  
 Que dicen: «Fué hombre, y estas  
 Son de hombres las privanzas.»  
 Y fué menester ser piedra  
 La que dijo estas palabras;  
 Que para sufrir y hablar  
 Necesario es que se hagan  
 Piedras los bronces, que así  
 Dirán todo lo que pasa.  
 Miré el hombre, que confia,  
 Al fin, que todo se acaba,

Y que solamente Dios,  
 Al que le sirve, honra y paga.

(Romances de Don Alvaro de Luna, 3.ª parte,  
 Pliego suelto.)

1019.

REPRESENTASE DON ÁLVARO COMO EJEMPLO DESGRACIADO DE UNA PRIVANZA.

(Anónimo.)

Los que en la mesa del mundo  
 Poneis la vida al tablero,  
 Solo un acuchillado  
 Que tiene el cuchillo al cuello,  
 Por descargo de mi alma  
 Os predica estos ejemplos;  
 Que pues he dado de ojos,  
 Quiero quitar el encuentro.  
 Pensad que duró la rueda,  
 Privados, que vais subiendo,  
 Porque al primero traspie  
 Di de cabeza en el suelo!  
 La privanza de los reyes  
 Es á veces como el fuego,  
 Que al que está muy cerca abrasa,  
 Y alumbrá al que está mas léjos.  
 Basiliscos coronados  
 Son, que siempre ven primero,  
 Y si miran con enojo  
 Quitar la vida al mas cuerdo.  
 Son hombres, y han de engañarse,  
 Y el que va en cólera ciego,  
 Ordinariamente quiebra  
 Con lo que toca primero.  
 La privanza es como dados,  
 Que está en un tumbo el dinero,  
 Y es refrán, que el no jugarlos  
 Es lo mejor d'este juego.  
 Don Alvaro soy de Luna:  
 Oid lo que estoy diciendo,  
 Pues en mi cabeza Dios  
 Pone á todos escarmiento.  
 Subi en agua como espuma,  
 Paró el aire, llovió el cielo,  
 Fué la espuma campanillas  
 Que agora tocan á muerto.  
 Agua he sido propiamente  
 De un edificio soberbio,  
 Pues todo cuanto he subido  
 Hoy lo bajo al mismo peso.  
 Del Rey mi señor he sido  
 Luna de un precioso espejo,  
 Que el hacerle buena cara  
 Era hacerme el rostro bueno.  
 Llegó á mi torcido el rostro,  
 Pensó ser mio el defecto,  
 Tiró el espejo, la luna  
 Era vidrio, saltó luego.  
 Los que por la novedad  
 Llegais á ver en el suelo,  
 Ser el verdugo imagen,  
 La luna á los piés del mesmo,  
 Advertid que es gran peligro  
 Un sol con entendimiento,  
 Que en iguales manos tiene  
 Luz mudable, eclipse eterno.  
 Esto dijo aquella Luna  
 Que dió á la privanza ejemplo,  
 Y entre la luna y un paño,  
 Llovió sangre, gritó el suelo.

(Romances de Don Alvaro de Luna, 4.ª parte,  
 Pliego suelto.)

1020.

LAMENTASE LA MUERTE DE DON ÁLVARO.

(Anónimo.)

La Luna bella, hermosa,  
 Que al mundo solia alumbrar,  
 Con un eclipse de muerte  
 Pierde luz y claridad:  
 Del tronco de su grandeza  
 Bajó al signo mortal,  
 Donde paran las columnas  
 De mas alta majestad.  
 Subió al cielo en poco espacio;  
 Mas como glorias de acá,  
 Por no ser de eterno premio,  
 Fué Luna, y tornó á menguar.  
 Llenó los ojos del mundo  
 Como el acerado iman;  
 Pero gastó la virtud  
 El tiempo, que pudo mas.  
 Cuando el sol su luz le daba  
 Creció con tranquilidad;  
 Mas los oscuros nublados  
 Han marchitado su faz.  
 Ya del trono de su asiento  
 Su señor bajado le ha  
 En la tierra, donde estriban  
 Los vapores de su mal.  
 Levantados torbellinos  
 Subieron de punto al mar,  
 Hasta levantar las nubes  
 A furiosa tempestad.  
 Obscureció el sol su rostro,  
 Y como su luz es mas,  
 La Luna perdió la suya  
 Que del solia tomar.  
 Anubláronse los dos,  
 Que como la hubo igual,  
 Sintió el sol el calor fuerte,  
 Por ser el velo mortal.  
 Cayó la Luna del cielo,  
 Y vino d'ella á parar  
 En un negro cadahalso,  
 Medio de la guerra y paz;  
 Y viendo que d'este estado  
 Perdió la silla imperial,  
 Con fe de amoroso pecho  
 Mostró de su sér la paz.  
 Alumbró como la vela,  
 Que en el tiempo de acabar  
 Da mas luz que cuando tuvo  
 Mas substancia y mas caudal.  
 Acabó su curso el tiempo,  
 Que apenas el suelo está  
 De su luz esclarecido,  
 Cuando al cielo el alma va.  
 Quedó el cuerpo sin cabeza,  
 Que á tantas solia mandar,  
 Entre cuatro negros paños  
 En el lecho funeral;  
 Y las estrellas del suelo  
 Menguando la Luna ya,  
 Mientras el sol su luz muestra,  
 Alumbraba un poco mas.

(Romances de Don Alvaro de Luna, 4.ª parte,  
 Pliego suelto.)

1021.

ROMANCE DEL REY DON JUAN.

(Anónimo.)

Los cielos andan revueltos,  
 El sol eclipse hacia,  
 La luna perdió su lumbre,  
 El norte no parecia,  
 Cuando el triste rey Don Juan  
 En su cama do yacia

T. XVI,

Cercado de pensamientos,  
 Que valer no se podia.  
 — ¡Recuerda, buen Rey, recuerda;  
 Lloraras tu mancebía!  
 ¡Cierto no debria dormir  
 El que sin dicha nascia!  
 — ¡Quién eres tú, la doncella  
 Que á mi recordado habias?  
 — A mí me llaman Fortuna,  
 Que busco tu compañía.  
 — ¡Fortuna, cuánto me sigues,  
 Por la gran desdicha mia,  
 Apartado de los míos,  
 De los que yo mas queria!  
 ¡Qué es de ti, mi hija triste,  
 Estella por nombrada?  
 ¡Qué es de ti, Olite y Tafalla?  
 ¡Qué es de mi genealogía?  
 Y ese castillo de Maya,  
 Qu'el Duque me lo tenia,  
 Que si el Rey no me ayuda  
 Entiendo perder la vida.

(Aquí comienzan seis romances: el primero, del  
 Rey Don Pedro, etc., Pliego suelto.)

EPOCA DEL REY DON ENRIQUE IV, DICHO  
 EL IMPOTENTE.

1022.

CONTRA LOS DERECHOS DE SU HIJA JUANA, OBLIGAN Á ENRIQUE IV Á QUE SE JURE HEREDERA DEL REINO Á DOÑA ISABEL.

(Anónimo.)

Muy revuelta está Castilla;  
 Quejoso está y fatigado  
 Aquece rey Don Enrique,  
 Rey no bien afortunado.  
 Quejase de muchos hombres  
 A quienes puso en estado,  
 Por haberlo descompuesto  
 En auto solemnizado,  
 Y haber alzado por rey  
 A Don Alfonso su hermano;  
 Y aunque murió Don Alfonso,  
 Su intento no habian dejado.  
 Grandes partidos se mueven  
 Estando en aqueste estado,  
 Y en un concierto muy justo  
 Al Rey han encaminado  
 Para ser obedecido  
 Por todos, y acatado;  
 Y para aqueste concierto,  
 Siendo por él aprobado,  
 Muy grandes gentes se ayuntan  
 En los Toros de Guisando.  
 Señores y caballeros  
 Y tambien muchos prelados  
 Vienen con Doña Isabel  
 Para verse con su hermano,  
 Porque por su sucesora  
 El Rey la habia señalado.  
 Todos hablaron al Rey,  
 Todos le besan la mano:  
 El Rey con semblante alegre  
 A todos ha perdonado;  
 Y el cardenal Venerin,  
 Que venia por legado,  
 A todos aquellos grandes  
 Que allí se habian juntado,  
 Absolvió del juramento  
 Que el Rey les habia tomado,  
 Al tiempo que á Doña Juana  
 Por princesa habian jurado  
 Por contemplacion del Rey,  
 Que los habia forzado:

8



Y porque del juramento  
 Todos habian reclamado,  
 Ya del juramento absueltos,  
 El Rey les ha así hablado:  
 —Perlados y caballeros,  
 Los que aquí estáis ayuntados,  
 Yo os mando que en mi presencia  
 Jureis delante el Legado  
 Por sucesora en mis reinos  
 Desque yo sea finado,  
 A Doña Isabel mi hermana  
 Y que la beseis la mano,  
 Porque en todas las ciudades  
 Así lo tengo mandado.—  
 Todos juran la Princesa  
 Con placer demasiado,  
 La cual le prometió al Rey  
 De casar por su mandato;  
 Y así hubieron fin las vueltas  
 Que gran tiempo habian durado.

(FUENTES, Libro de los cuarenta cantos, etc.)

\* En una junta revolucionaria que en 1465 tuvieron los grandes y prelados rebeldes, depusieron á Enrique IV, ultrajándole en estatua, y nombraron por rey á su hermano Don Alonso. Muerto este se alzaron otra vez, y le obligaron á nombrar por sucesora á su hermana Doña Isabel.

\* El Papa en estos tiempos absolvía de todos los juramentos, incluso los de fidelidad á los reyes. Hubo tiempos en que el derecho divino de la soberanía personal cesaba desde el punto que los Papas lo decretaban así, constituyéndose jueces de los mas poderosos monarcas, y haciéndoles como reos comparecer ante sí á oír sus sentencias y decretos.

1023.

CÁSASE LA INFANTA ISABEL DE CASTILLA CON  
 FERNANDO V DE ARAGON.

(Anónimo.)

En corte del rey Enrique  
 Muy grandes fiestas se hacen,  
 Que las damas son hermosas,  
 Y avisados los galanes:  
 D'ellos muestran sus cuidados  
 En las fiestas de reales;  
 D'ellos en motes y en letras,  
 D'ellos en otras señales,  
 D'ellas les dan disfavores,  
 D'ellas favores muy grandes,  
 D'ellas les piden cabezas  
 De los morillos de Tanager.  
 No tiene el reino heredero,  
 Mas poquito se les da,  
 Pues tienen á la princesa,  
 Qu'es Doña Isabel la Grande:  
 Tráenle muchos casamientos,  
 Mas tres son los principales:  
 El gran duque de Milan,  
 Y ese rey Guercho de Nápoles,  
 Y el príncipe de Aragon,  
 Sin otros muchos muy grandes.  
 La Princesa, que es discreta,  
 Quiso vellos si eran tales:  
 Ha mandado á un gran pintor  
 Que los pinte naturales,  
 Y los tome descuidados,  
 Por ver la vida que hacen.  
 El pintor, que sabio era,  
 Con tal recando se parte.  
 Al cabo de sus jornadas  
 Llega al reino de Nápoles,  
 Adonde hallara al Rey  
 En jardines con joglares,  
 Entre dueñas y doncellas,  
 Burlando con albardanes.  
 Pintáralo así el pintor,  
 Y para Milan se parte.  
 El Duque habia comido;

Hallóle que se retrae  
 Con un privado abrazado  
 Que mucha fiesta le hace.  
 Dende allí torna en España,  
 Y en Fraga halló al infante,  
 Al infante Don Fernando,  
 Acompañado de grandes,  
 Armado de todas armas,  
 Que comenzaba á justar.  
 El pintor lo sacó al vivo,  
 Y con los retratos va.  
 Halos dado á la Princesa,  
 Cada cual muy natural.  
 Como al de Nápoles vido  
 Con los truhanes burlar,  
 Dijo arrojándolo lejos:  
 —Vicioso rey no me place.  
 Pues el duque de Milan  
 Méenos qu'él me satisface,  
 Qu'el príncipe deshonesto  
 Muy poquito precio vale.—  
 Descogiendo al de Aragon,  
 En viéndolo, dijo: —Baste,  
 Este quiero por marido,  
 Que bien inclinado sale.—

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

EPOCA DE LOS REYES CATÓLICOS, DOÑA ISABEL  
 Y FERNANDO V.

1024.

JUAN V DE PORTUGAL, PRETENDIENTE DE LA CORONA DE  
 CASTILLA, POR SU ESPOSA LA BELTRANEJA, PIERDE LA  
 BATALLA DE TORO CONTRA LOS REYES CATÓLICOS.

(Anónimo.)

En esa ciudad de Toro  
 Grande turbacion habia  
 En la gente portuguesa,  
 Que aquella ciudad tenia,  
 Por Don Alfonso su rey,  
 Que á la ciudad no volvía,  
 Ni despues de la batalla  
 Ninguno visto lo habia.  
 Las puertas tienen cerradas;  
 A nadie se les abrian:  
 Los de fuera daban voces  
 Con el miedo que tenian;  
 Tambien gimen los heridos,  
 Porque curarse querian,  
 Temiendo á los castellanos,  
 Que en el alcance venian;  
 Y el duque de Guimaras  
 En el muro se ponía,  
 Preguntándoles á todos,  
 ¿Cómo su rey no volvía?  
 Y que hasta que le trujesen  
 A ninguno acogería.  
 Estando en esto altercando,  
 El Príncipe que venía:  
 El cual mandó abrir las puertas  
 A la gente que allí habia.  
 En la ciudad recogidos,  
 Como el Rey no parecia,  
 Los hidalgos con vergüenza  
 Grande afrenta padecian;  
 Y el duque de Guimaras,  
 Que aquesto mucho sentía,  
 Llorando con gran pesar,  
 Estas palabras decía:  
 —¡Oh hidalgos portugueses!  
 ¿Qué es de vuestra hidalguía?  
 ¿Dónde queda vuestro Rey  
 Que á todos nos mantenía?  
 ¿Dó dejastes la cabeza,  
 Que á todos siempre regia?

¿Dó queda nuestro señor,  
 Nuestro capitan y guía?  
 ¡Oh! qué ceguedad la vuestra!  
 ¿Qué poquedad nunca oída,  
 No poder todos guardar  
 Uno que siempre solía  
 Guardar á todos nosotros  
 Con su seso y valentía!  
 ¿Cómo podeis ver la gente  
 Viendo vuestra cobardia,  
 Desemparando en el campo  
 Al Rey, por guardar la vida?  
 E ya que el ánimo y fuerza,  
 Hidalgos, os fallecía  
 Para pelear con él,  
 ¿No sé cómo no se via  
 El mal caso en que caistes,  
 Sin él volviendo á su villa!  
 Guardábadelo en palacio,  
 Y en las fiestas que hacia,  
 En placeres y en convites,  
 No en la batalla do iba,  
 Do aventuraba su honra,  
 Y su hacienda, y su vida.—  
 Los portugueses turbados,  
 Palabra no respondian,  
 Y el Príncipe apasionado  
 Grande sospecha ponía  
 En todos los castellanos,  
 Que poca culpa tenian.  
 Estando en esta congoja,  
 Ya que casi amanecía,  
 Envió el Rey á decir  
 Cómo á la ciudad volvía,  
 Porque estaba en Castro Nuño,  
 Un castillo que allí habia.

(FUENTES, Libro de los cuarenta cantos.)

4 El príncipe Don Juan, despues segundo en Portugal.

1025.

ABNEGACIÓN DE UN HERMANO QUE MUERE POR OTRO EN  
 REPRESALIAS DE LA MUERTE DEL NOBLE CABALLERO Y  
 GRAN POETA DON JORGE MANRIQUE.

(Anónimo.)

En armas está Villena  
 Con todo su marquesado;  
 Por fronteros tiene puestos  
 Dos caballeros precitados:  
 Uno Don Jorge Manrique,  
 Por sus obras muy nombrado;  
 Pedro Ruiz de Alarcon,  
 El segundo era llamado,  
 Con muy fuerte guarnicion  
 De gente de pié y caballo;  
 Por lo cual todos los dias  
 Estos corrían el campo,  
 Y los contrarios salían,  
 Que estaban bien aprestados,  
 Y por esto habia continuo  
 Recuentros muy señalados.  
 Acaso sucedió un dia,  
 En uno muy porfiado,  
 Cerca de Garcí Muñoz,  
 Castillo de los contrarios,  
 Que pretendiese Don Jorge  
 Mostrarse muy esforzado,  
 Y metiése entre la gente  
 Reciamiente peleando  
 Hasta llegar á la puerta  
 Del castillo que he nombrado;  
 Y por falta de socorro  
 Fué de la gente cercado,  
 Y al fin con grandes heridas  
 Fué de la vida privado,  
 Y por ser tal caballero

Fué por todos muy llorado;  
 Y los otros capitanes,  
 Con el enojo incitados,  
 Mandan que seis prisioneros  
 Fuesen luego allí ahorcados.  
 Visto por los enemigos  
 Cómo el caso habia pasado,  
 Requieren á un capitan  
 Que llamaban Juan del Barrio,  
 Que matase otros seis hombres  
 Presos como los contrarios;  
 Lo cual mandó así hacer  
 El capitan indignado.  
 Entre los presos que habia,  
 Por ser muy demasiados,  
 Hizo echar suertes entre ellos,  
 Para ser seis ahorcados;  
 Y acaso cupo la suerte  
 A un escudero honrado  
 Natural de Villanueva  
 De la Jara, allí casado,  
 Que es de aldea de Alarcon,  
 De edad de cincuenta años.  
 Acaso en aquel castillo  
 Estaba preso un su hermano,  
 Mancebo muy gentil hombre,  
 De toda bondad dotado,  
 Que viendo á su hermano ir  
 Para luego ser ahorcado,  
 Con muy ahincados ruegos  
 Al hermano ha demandado,  
 Que él quiere morir por él,  
 Y que le fuese otorgado,  
 Que en ménos tenia la muerte,  
 Que el gran dolor y quebranto  
 Que le daría la suya,  
 Porque era de él muy amado.  
 El hermano respondió,  
 De aqueste caso espantado:  
 —No permitiré tal cosa,  
 Ni será bien hecho, hermano:  
 Mas vale morir yo viejo,  
 Que no vos que sois muchacho,  
 Y de las cosas del mundo  
 Cosa alguna habeis gozado:  
 Yo quiero sufrir la muerte,  
 Pues que ya fui señalado.—  
 El mancebo replicó:  
 —Vos sois, hermano, casado,  
 Y con mujer y con hijos  
 Que quedan desamparados:  
 Mas vale que muera yo,  
 Que á ninguno viene daño,  
 Y las miserias del mundo  
 Es mejor dejar temprano.—  
 Despues que en esta cuestion  
 Mucho hubieron porfiado,  
 A la fin venció el menor,  
 Y al capitan ha rogado  
 Que deje á su hermano vivo,  
 Y que él sea el ahorcado;  
 El cual lo ejecutó así,  
 Como le fué demandado;  
 Y así murió este mancebo,  
 Por dalle vida á su hermano;  
 El cual de gran hermandad  
 Notable ejemplo ha dejado.

(FUENTES, Libro de los cuarenta cantos.)

1 Despues de perdida la batalla de Toro, Alfonso V de Portugal partió á Francia á pedir socorros; pero entre tanto sus parciales y los de su esposa la Beltraneja sostenian la guerra contra los Reyes Católicos, Fernando é Isabel. En el encuentro entre unos y otros, que dice el romance, acaeció la muerte del famoso caballero y gran poeta Jorge Manrique, y dió lugar á las represalias, causa de la demostracion de amor fraternal que aquí se cuenta.



1026.

UN LOCO HIERE EN BARCELONA AL REY CATÓLICO  
DON FERNANDO V.

(Anónimo 1.)

Estando el rey Don Fernando,  
Ese tan esclarecido,  
En Barcelona la grande,  
En gran ditado subido,  
Amado de sus vasallos,  
De sus contrarios temido,  
Querido de los extraños  
Y de Dios favorecido,  
Holgándose en su palacio,  
Un caso le ha sucedido;  
Y fué que bajando d'él,  
Ya despues de haber comido.  
En el último escalon,  
Bravamente fué herido  
De reves, por el pescuezo,  
Sin poder ser defendido;  
Que á no llevar su cadena,  
Quedaba muerto é tendido.  
El Rey, muy maravillado,  
Mirando al hombre atrevido,  
Dijo de muy piadoso,  
Valeroso y entendido:  
— ¡Tate! ¡tate! no le maten,  
Porque el caso sea sabido,  
Y que vista la presente,  
En prision sea metido.  
No lo digan á la Reina,  
Que mucho lo habrá sentido.—  
Castellanos, catalanes,  
Malamente se han asido:  
Los castellanos decian:  
— Catalanes lo han urdido.—  
Los catalanes responden  
Que d'ellos habia salido.  
El Rey, en ver la revuelta,  
En un caballo ha subido  
Con el duque de Cardona,  
Apaciguando el ruido.  
El hombre que hizo el caso,  
De locura convencido,  
Era Juan de Cañamares,  
Hombre tonto y sin sentido,  
Plebeyo y de baja suerte,  
Y en Cataluña nacido,  
Que pensó si al Rey mataba  
Que por rey sería tenido;  
Porque de una noble dama  
De amores estaba herido,  
Y de casarse con ella  
Se lo habia requerido;  
Baronesa de la Roca  
Tenia por apellido,  
A la cual dijo:—Señora,  
¿Si por rey fuese elegido,  
No me tomárades vos  
Por esposo y por marido?—  
Ella, burlándose d'él,  
D'esta suerte ha respondido:  
—Por ser reina, podr á ser,  
Aunque eres loco perdido.—  
Con esta imaginacion  
Hizo el caso referido.  
La ciudad dice que muera;  
El Rey nunca ha consentido,  
Viendo que por necesidad  
El caso habia cometido:  
Pero por honra del pueblo,  
Que muriese ha consentido:  
Sacáronlo á ajusticiar.  
Do pagó bien lo debido.

(TIMONEDA, Rosa gentil.)

1 El doctor Alonso Ortiz, año de 1493, publicó un libro de varios tratados, de los cuales al primero intituló *De la herida*

del Rey, que es una apología de Fernando el Católico, hecha con motivo del caso que refiere el romance.

1027.

EL EMBAJADOR FONSECA ROMPE ANTE CARLOS VIII DE FRANCIA EL PLIEGO DEL TRATADO HECHO CON FERNANDO EL CATÓLICO SOBRE LA PARTICION DEL REINO DE NÁPOLES.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Entre el rey Carlos de Francia

Y el Católico Fernando,

La liga y tratadas paces

Habiendo capitulado,

El frances pasó los Alpes

Con grueso y lucido campo,

Comenzando á conquistar

De Nápoles el estado.

Y habiendo un día á Belitre,

Lugar de Italia, llegado,

Llamó á consejo de guerra;

Mas ántes de comenzarlo,

Don Alfonso de Fonseca,

Español de tronco claro,

Que la embajada del Reino

Era entónces á su cargo,

Viendo á su Rey le venia

De aquella conquista daño,

Quiere ganar, con morir,

Nombre de fiel vasallo,

Y que no se diga d'él

Que tuvo el vivir en tanto,

Que en su presencia sufriese

Hacer á su rey agravio;

Y así entró donde el Frances

Con los grandes congregados

Para su consejo estaba,

A quien con semblante airado

Dice, y con voz levantada,

Los conciertos hojeando:  
— ¡Por cierto tu procederMe tiene, Rey, admirado!  
¿No sabes que esta concordia

Entre tí y el rey Fernando

Se hizo contra los turcos,  
Y no contra los cristianos?  
¿Cómo contra su tenorVas á Nápoles marchando?  
¿Débese de hacer en FranciaDe palabra poco caso!  
Pues sabe, Rey, que en EspañaNo hay cosa tenida en tanto.—  
Levantáronse los grandes,  
Teniéndolo á desacato,  
Y á Don Antonio responden:  
—El Rey cumple lo asentado;  
Y repórtate, español,  
Que has hablado demasiado.—  
Don Antonio les replica,  
Ya de cólera llevado:  
—Yo hablo lo que es verdad,  
Y acá tratáis lo contrario.—  
Tras lo cual hizo el papelEntre las manos pedazos,  
Donde estaban los conciertosDe entrambos reyes firmados,  
Y echándolos en el sueloPuso la espada en la mano,  
Donde con gran lijerezaDió atrás por la sala un salto,  
Diciendo:—Con esta plumaMi rey firmará el contrato,  
Y es la que mejor le estáA quien puede y vale tanto.—  
Acometiéronle algunosCon los estoques sacados,  
A quien Don Antonio atiendeCon solo la espada y manto.  
Apaciguólos el Rey

A Don Antonio amparando,

El cual luego requirió  
A Cerbellon y á Arellano,  
Capitanes españoles,  
Con su gente, que dejando  
El campo frances, le sigan,  
A quien obedecen ambos.  
Toman la vuelta de España,  
Sin ser de nadie estorbados;  
De que el Rey quedó corrido  
Y los grandes espantados.

(LOBO LASO DE LA VEGA, Romancero y tragedias, etc.)

1028.

EL GRAN CAPITAN GONZALO DE CÓRDOVA ENTREGA SU PROPIA CASA Á SAQUEO DE LOS SOLDADOS QUE POR CUMPLIR CON LA DISCIPLINA NO PARTICIPARON DEL DE CASTELNOVO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Habiendo el conde Navarro

Con áspera batería

Sujetado á Castelnovo,

Fuerza que el frances tenia,

Y habiendo parte del muro

Volado por una mina,

Donde gran riqueza estaba

De franceses recogida,  
Por ser á su parecer

Do ménos riesgo corria,

Que su mucha fortaleza

Todo recelo les quita;

Mas como del conñado

Está fortuna á la mira,

Y no hay fuerza inexpugnable

Que su duro golpe impida,  
Y de donde hay mas riquezasMas cerca está la ruina,  
Fué la fuerza en breve espacioAl duro saco metida,  
Con mano atroz cobdiciosa;Y ya del todo rendida,  
Unos pocos españolesQue á pelear atendien,  
No llegando á tiempo al sacoPor hacer lo que debian,  
Paga que al que lo hicieraEs cierta, aunque no debida,  
Al Gran Gonzalo FernandezSe quejan de su desdicha,  
Diciendo:—Si premios talesSe dan á nuestras fatigas,  
Y el saco es de los cobardes,Y nuestro el riesgo de heridas,  
Y en tanto que ellos saqueanLes defendemos las vidas,  
No hay para qué pelear,  
Sino tirar por do tiran.—  
Conoció el Gran CapitanLa gran razon que tenian;  
Mas como siempre alcanzadoSus franquezas le traian,  
No tuvo para poderDarles lo que merecian,  
Y así mandó que su casa

Sin ser la entrada impedida

Pusiesen á saco luego

Los que quejado se habian,  
Lo cual pusieron por obra:  
¡Grandeza jamas oida!

(LOBO LASO DE LA VEGA, Romancero y tragedias, etc.)

1029.

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITAN.

(Anónimo.)

Estrecha cuenta le toman  
Por parte del rey de España

Al Gran Capitan famoso,  
Grande llamado por fama,  
Sobre un bufete cubierto  
De muchos libros de caja,  
Dos secretarios, mas diestros  
En el papel que en las armas,  
Delante sus capitanes,  
Con quien sujetó la Italia,  
Dolientes aun todavia  
De las heridas no sanas.  
Cuidado le da una pluma  
A quien no se le da Francia,  
Ni las montañas de gentes  
Puestas delante su espada.  
Sacó un papel viejo y roto  
Por descuidado en las calzas,  
Y alargándolo á la mesa,  
Así les advierte y habla:  
— La del alma es de temer,  
Que la cuenta del que vive,  
Buena ó mala se recibe,  
Cual la mia habrá de ser.  
Gran dinero he recibido;

Pero téngolo gastado  
En el reino conquistado,  
Con que á mi Rey he servido:  
Busquen debajo de tierra  
Mis tesoros encubiertos,  
Quizá los tendrán los muertos  
Que aun blasfeman de la guerra.

Porque el que mas trabajó  
Con el posible que pudo,  
Le sepultamos desnudo  
Por paga que no alcanzó;  
O vayan á mi posada,  
Hallarán racimos de oro  
Del granjeado tesoro  
En la tierra conquistada;  
Que aun tienen de mi querella,  
Porque, siendo necesario,  
Antes que la del contrario,  
Permiti á saco ponella!

Y de mi estado se entienda  
En cuánto estoy empeñado,  
Porque ellas, Rey heredado,  
Se restituya mi hacienda.  
Y así digo que el alcance  
Se acabe de averiguar,  
Porque tengo de cobrar  
Cuando en un real solo alcance;  
Porque atendiendo á que yo  
Con el alma trabajé,  
Ni al Rey lo perdonaré,  
Ni al padre que me engendró.—  
Salió el Rey á esta ocasion,  
Porque oyendo lo que pasa,  
Y que el papel que presenta  
En mas que un reino le alcanza,  
Puso á las cuentas silencio,  
Y estrechamente le abraza,  
Mandándole que se cubra  
Para principio de paga;  
Que es propio de la virtud  
El querer verse apretada,  
Y como el oro en crisol  
Quiere lucir con ventaja.

(Romancero general.)

1 Es decir, que permitió que los soldados saqueasen su posada. Alude al hecho que se refiere en el anterior romance, núm. 1028.

1030.

AL MISMO ASUNTO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Tomándole están las cuentas,  
Por parte del rey Fernando  
Al Gran Capitan Fernandez,  
Del dinero que ha gastado



En conquistar con valor  
El reino napolitano.  
Hácenle cargo de todo,  
Y en gran suma está alcanzado.  
Corrióse el Gran Capitan  
De proceder tan extraño,  
Que al que al mundo no temia  
Le dió una pluma cuidado,  
No del aprovechamiento  
Que del dinero ha sacado,  
Porque jamas encerró  
Su pecho intento tan bajo;  
Mas porque no se hallaba  
En tiempo para pagarlo:  
El descargo considera,  
Que aun no le tenia asentado,  
Y finalmente halló  
Ser el Rey el alcanzado,  
A quien el día siguiente  
Dice, el sombrero en la mano:  
—Toma, Rey, este papel,<sup>1</sup>  
Y no quiero me hagas pago  
Del alcance que te hago,  
Como lo veras por él;  
Mas que tambien nombres quien  
Tome la cuenta á mi lanza,  
A ver si en algo me alcanza  
Y si la doy mal ó bien;  
Que con plumas no me entiendo,  
Ni nunca fué mi ejercicio:  
Pelear solo es mi oficio,  
Y en este te estoy sirviendo.  
Manda que en él me hagan cargo,  
Que es donde mi cuenta sé,  
Que solo á ti no daré,  
Por ser áspero, el descargo.  
Bien sé que hay quien mal te diga  
De mi honrado proceder;  
Mas no le he de responder,  
Porque ausente no me obliga.  
A aqueste puedes nombrar  
Para que las cuentas haga,  
Y de mí se satisfaga,  
Si quiere, en mas que hablar.—  
Viendo así al Gran Capitan  
Machín y el conde Navarro,  
Con la mas granada gente  
Se pusieron á su lado;  
Mas como su campo viese  
Alborotado Gonzalo,  
Temiendo contra su Rey  
No hubiese algun desacato,  
Desenvainando la espada  
La puso al Rey en la mano,  
Diciendo:— Señor, con esta  
Me castigad, si he errado,  
Que á ella debo lo que soy,  
Y tú, señor, algun tanto;  
Y da el cargo á quien te sirva  
Con mas valor y recaudo,  
Que muchos habrá en el Reino;  
Pero no mas fiel vasallo.—  
El Rey, con rostro risueño,  
Al hombro le echó la mano,  
Diciendo:— ¡Gran Capitan,  
Bastante es vuestro descargo!  
Cubrios, y en mi fiad  
Que seréis remunerado.—  
Por esta merced al Rey  
Besó Gonzalo la mano.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias*, etc.)

<sup>1</sup> Este papel, que en descargo de su alcance presentó el Gran Capitan, contenia, según dice su crónica, dos partidas. La primera, de 200,756 ducados y 9 rs., repartidos entre frailes, sacerdotes, monjas y pobres, que de continuo rogaban á Jesucristo para que los españoles venciesen á sus contrarios. La segunda, de 700,494 ducados, invertidos en espías y confidentes, cuyas comunicaciones contribuyeron á la conquista

y adquisicion del reino de Nápoles.— La tradicion popular reduce el descargo del Gran Capitan á una sola partida, así expresada: *Palas, picos y azadones, cien millones.*

1031.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

— La lanza dicen que arrime,  
Y que eche mano á la pluma:  
Pésame que el Rey lo mande,  
Que es decreto sin excusa.  
Cuentas me piden que dé,  
¡Qué paciencia hay que lo sufra!  
De las pagas de mi gente,  
Sin haber queja ninguna.  
¡Gran Capitan contador!  
Mis émulos son sin duda  
Que quieren darme este nombre  
Porque de quilates suba.  
¡Oh, quién pudiera jugar  
Esta treta sin escucha,  
Donde la prueba llegara  
A concordar con la suma!  
Privados deben de ser  
D'estos que las pieles usan  
Con variedad de colores,  
Que con los gustos se mudan  
De los profesos sin él,  
Que su voluntad renuncian,  
Dedicándola á sus reyes,  
A quien engañan y adulan;  
Los que en la cama no caben,  
Ni de los manjares gustan,  
Cuyo dios es la ambicion,  
Con que todo lo trabucan;  
Aquellos binchados sapos  
A quien los reyes escuchan,  
Que emponzoñan sus ovejas  
Y su fama descocuntan.  
En estas manos me han puesto  
Mis servicios ¡cosa dura!  
¡Debido premio es por cierto!  
¡Paga á mis alanes justa!  
¡Qué mas pidieran á un hombre  
De estirpe baja y oscura,  
Que hubiera perdido un reino  
Con diestra inútil, inmunda,  
Que á mí me pide mi Rey,  
Ganado habiéndote en suma  
Un reino, que él no tenia,  
Con fatigas importunas,  
Donde tal vez a sus gentes  
Amotinadas, confusas,  
Entregué mi casa al saco  
Por falta de pagas suyas?  
Y bien, como todos saben,  
No una sola vez, mas muchas,  
Por socorrer sus miserias  
Me metía en mil profundas.  
Tomen esos cofres de oro,  
A mi recámara suban,  
Si hallaren mas que un arnes  
El justo Dios me destruya.  
Solo el nombre aquí he ganado,  
Y es harto, pues no pregunta  
El por qué, cómo y adónde  
Quien mi residencia busca.  
Entremos en cuentas todos,  
Que pues que de cuenta gustan,  
Daréla, á fe de soldado,  
Que pase del cargo y suba;  
Que como ignoran las cosas  
Mas importantes, ocultas,  
Que la milicia requiere,  
No las advierten y juzgan.  
En este breve papel  
Verán las partidas juntas:  
Pagarme ha el Rey el alcance

Que en mi provecho resulta.—  
En esto llegó un montero,  
Y por Gonzalo pregunta,  
Diciendo que el Rey le llama,  
Que sale de una consulta.  
Manda que las cuentas cesen,  
Pues sus descargos abundan,  
A quien con caricias manda  
Que en su presencia se cubra.

(Romancero general.)

ROMANCES DEL VEINTICUATRO DE CORDOBA.

1032.

EL VEINTICUATRO DE CORDOBA. — I.

(De Juan Rufo<sup>1</sup>.)

Mueva mi voz los acentos  
Haciendo triste sonido  
Con nueva forma de lloro  
Que desvele mi sentido,  
Pues canto tristes amores  
Sobre todos los que han sido.  
Y tú, ciego dios de amantes,  
Informa mi rudo estilo,  
Porque se oyan tus hazañas  
Desde el Bétis hasta el Nilo;  
Que si me otorgas ahora  
Este favor que te pido,  
Será desde hoy mas tu nombre  
Con mayor razon temido,  
Y este doloroso caso  
Eternamente plañido.  
En una ciudad famosa,  
Que Córdoba es su apellido,  
Edificio de Marcelo,  
Ilustre y esclarecido,  
De la cual él se preciaba  
Mas que de su patrio nido,  
Porque ántes que la fundase  
Del bello sitio movido,  
A los arúspices grandes  
Grandes cosas habia oido.  
Vista la disposicion  
De los celestes caminos,  
Contemplados los planetas,  
Y el lugar reconocido,  
Afirmaron que seria  
Dotado y enoblecido,  
De ingenios y fortaleza  
Mejorado y preferido;  
Lo cual por larga experiencia  
Manifiesta cosa ha sido,  
Que no convienen ejemplos  
En negocio tan sabido.  
En Córdoba pues vivia,  
Y en Córdoba habia nacido  
Un Fernando Veinticuatro,  
Descendiente conocido  
De los ganadores d'ella,  
Que nunca fuéron vencidos.  
Era el valor de Fernando  
Bien conforme á hijo digno  
De la generosa sangre  
De tan insignes caudillos,  
Y así privó con el Rey,  
Mas por razon, que artificio.  
Era manso, aunque valiente,  
Era amado, aunque temido,  
Sencillo, sobre discreto,  
Muy cortés y bien regido.  
Tuvo en la paz y en la guerra  
Honrosos cargos y oficios;  
Casó con una señora  
Que en Sevilla habia nacido:  
Doña Beatriz se llamaba,  
No diré de qué apellido;  
Basta para ver quién era

Ser mujer de tal marido,  
Que no es bien, nombrando un muerto,  
Avergonzar muchos vivos.  
Algunos años vivieron  
Con gusto y placer cumplido  
En el reciproco lazo  
De amor honesto prendidos.  
Hasta que la suerte dura  
Dió lugar á los lascivos,  
Y la femenil flaqueza  
Perdió la rienda y estribos,  
Y rendida abrió la puerta  
A dolores mas crecidos.  
¡Oh perdido amor, injusto  
Fiscal de libre albedrio!  
Si diste siempre mas pena  
Por los mayores servicios,  
Y al que mas te adora y ama  
Eres desagradecido,  
¡Cómo está por todo el mundo  
Tu poder tan extendido,  
Tu pendon tan levantado,  
De mas campañas seguido  
Que las banderas de Jérges  
Cuando contra Grecia vino?  
Di, falso, ¡qué aguas leteas  
Das al humano sentido,  
Que los males que nos haces  
Ponemos luego en olvido,  
Sin que nos valga experiencia  
Del tormento recibido,  
Que el mayor mal de tus daños  
Es cebarse de si mismo?  
Tú abrasaste la gran Troya,  
Tú diste la muerte á Dido,  
Urias por tí fué muerto  
Sin haberlo merecido.  
Y pues tus hechos atroces  
Proceden en infinito,  
Baste el ultraje que España  
De tus manos ha sentido,  
Cuando la perdió en mal hora  
El sin ventura Rodrigo,  
Para que el linaje humano  
Te tenga por enemigo.  
Truéquese tu falso nombre  
En el contrario sentido;  
No te pinten ya desnudo,  
Sino de engaños vestido;  
Ni tampoco niño tierno,  
Sino viejo carecomido;  
Ni ciego, pues no has cegado  
Con cuantos males has visto;  
Y aquellos raros poetas  
Que de tí tanto han escrito,  
Yo no sé qué presupuesto  
En tal caso hayan tenido,  
Si no es que la violencia  
De tu favor encendido  
Tocaba dentro en su alma  
Con destemplado ruido;  
Y así hacen disonancias,  
Sin entender el sonido;  
Mudan mil veces de tono  
Contra el orden permitido,  
Desmintiéndose por horas  
En el lenguaje y sentido;  
Que á veces en un momento  
Padecen calor y frio.  
Ya tiemblan de muy cobardes,  
Ya se pierden de atrevidos;  
De un agravio están quejosos,  
Y del mismo agradecidos.  
Ya mueren, ya resucitan,  
¡Oh bienes mal despendidos!  
¡Oh ingenios mal ocupados!  
Llorad el tiempo perdido.  
¡Cuántos hechos, cuántas famas  
Se hubieran esclarecido